

Del arte de lo minúsculo: El Microrrelato.

Por Ginés S. Cutillas



Un poco de historia

De muchas formas se conoce a esta disciplina literaria. Algunos la llaman microcuento, otros minicuento o minificción. Incluso algunos la llaman cuento brevísimo pero sobre todas ellas se alza la de microrrelato, que no es más que el arte contar algo con la máxima brevedad posible. No es de extrañar entonces que el más famoso –el del dinosaurio de **Augusto Monterroso**– esté formado tan sólo por siete palabras. Como sentenció **Baltasar Gracián**: *‘Lo bueno, si breve, dos veces bueno, y aun lo malo, si breve, no tan malo’*.

El microrrelato nace de la tradición oral y más tarde como vanguardia en la década de los 70 en Estados Unidos siguiendo la estela de autores como **Ambrose Bierce** –que ya en 1911 escribió *‘The devil’s dictionary’* donde se volvía a definir el significado de algunas voces inglesas–, y se comienza a experimentar con él en Latinoamérica a partir de los 80 de la mano de **Cortázar, Borges, Arreola, García Márquez, Denevi** y el propio Monterroso. Lo que comienza como un ejercicio de virtuosismo de las palabras, una pirueta o agudeza literaria que divierte y que de forma velada a veces y evidente otras, muestra una claridad de mente del autor para sintetizar ideas en pocas palabras, se proclama como un género nuevo con las primeras antologías.

Y cómo pasa con todas las disciplinas que fueron vanguardia en su día, se ha pasado de la práctica y experimentación a la teoría y explicación.

La semilla

La idea es la base para cualquier arte y en éste en concreto lo es todo. Grandes operas se han hecho –y se siguen haciendo– con temas tan gastados como la venganza, los celos o el poder. Argumentos un tanto ajados que le quitan frescura y nos adelantan muchas veces el final. Si vas a contar algo que ya ha sido contado hasta el hartazgo, mejor no lo cuentes, a no ser que consigas darle un aire totalmente nuevo.

La semilla del microrrelato ha de ser genial, espontánea y fresca, que nunca se haya oído nada parecido. Si es así, y sabes aplicar bien unas sencillas reglas, seguro que acabas con un buen texto entre las manos.

Podemos afirmar, en una clasificación muy global, que hay dos tipos de microrrelatos. El que se autoexplica y encierra entre sus palabras un mundo redondo y perfecto, alejado de las dobles interpretaciones que quieren realzar una idea o reivindicar un hecho sin ningún tipo de duda, y el que acepta mil interpretaciones distintas y permite que se escriban sobre él más paráfrasis y disertaciones que el número de palabras del que se compone. Se nos plantea entonces una pregunta de difícil resolución: Si para explicar un microrrelato se necesita más palabras de las que tiene... ¿hemos conseguido entonces un buen texto?

Esta segunda vertiente suele utilizar el método Iceberg que utilizaba **Hemingway**. Contar sólo una octava parte de la historia y dejar que la mente del lector imagine las otras siete octavas con las imágenes que se han amueblado en sus cabezas.

Es importante tener claro de qué tipo va a ser antes de empezar a escribir.

El alma de la bestia

El microrrelato nace de la emergencia de contar algo impactante en unas pocas líneas. Algo que no deje indiferente, que te consterne hasta tal punto que lo repitas una y otra vez en tu cabeza a lo largo de los días siguientes de haberlo leído, que te quite el sueño y te despiertes en mitad de la noche preguntándote qué quería decir el autor precisamente con esa palabra y no con otra.

En el arte del microrrelato cada palabra es seleccionada con cuidado, desempolvada con cariño y colocada con pinzas junto a sus compañeras que enseguida la aceptarán o la repudiarán con todas sus fuerzas. Si una palabra no funciona, se encenderán todas las alarmas en el país que forma cada pequeño texto y todas las demás afinadas dentro de sus fronteras, no dudarán ni un solo momento en acompañarla hasta el linde de sus límites y allí, canjearla –como si del intercambio de un secuestro se tratara- por una más afín al espíritu buscado.

El microrrelato busca sorprender desde el primer momento. No hay tiempo para desarrollar ideas o introducir personajes por lo tanto la primera frase es básica y formará el esqueleto central donde se armarán el resto de frases. Esas primeras palabras han de captar la atención del lector para que se quede atrapado.

Las frases siguientes deberán llevarle cómodamente hasta el final, sin sobresaltos, sin giros bruscos que haga que se pierda, en pocas palabras, hacerle bajar la guardia para que en la última parte, sentenciar con la fuerza de un martillo sobre su cabeza y cerrar el cuento de una forma tan hermética e inequívoca que el lector sabrá en ese preciso instante –justo cuando llega a su punto final- si le ha gustado o no. Un microcuento es como una atracción de feria. Sólo te puede sorprender la primera vez que subes. Es por eso que no puede haber ninguna palabra que chirríe, ninguna que rompa el ritmo de la tan importante primera lectura. Si el texto ha gustado, seguro que habrá una segunda lectura más detenida que servirá para descubrir los recovecos y los suaves matices de las palabras elegidas que han contribuido a preparar la mente hacía ese final tantas veces sorprendente e inesperado.

Citando a **Luis Torres**: *‘Para explicarlo de alguna forma es como cuando encendemos una cerilla, primero, un chispazo; luego, la llama se extingue fugaz y, finalmente, esa quemazón en los dedos’*.

El nombre de la criatura

Otra cosa a tener en cuenta es el título del microrrelato. Ha de ser escogido con sumo cuidado. Si de utilizar el mínimo número de palabras se trata, no podemos permitirnos redundancia o repetición de la información. Por tanto, el título debe ser complementario al resto del texto, forma parte de la historia y ayuda a comprender o a cerrar cada pequeño mundo que abramos. Títulos tan explicativos como los de Poe –‘El pozo y el péndulo’ o ‘El cuervo’ por ejemplo- no tendrían cabida en esta disciplina.

Hay pequeños trucos, como utilizar otros idiomas para dar nombre al microrrelato para situar el espacio/tiempo del mismo. De esta manera un título en latín nos transportaría de inmediato a la época medieval, al mundo eclesiástico o a un entorno culto y un título en inglés nos llevaría de forma inequívoca al mundo anglosajón y quizá a una época. Utilizando ‘Make love, not war’ por ejemplo, nos llevaría al mundo hippie de los

60 y a su revolución sexual. Ejemplos de esto puede ser el título '*Veritas odium parit*' de Denevi o '*Go West!*' de Borges que nos sitúa de lleno en los tiempos de la conquista del oeste americano.

Decálogo del perfecto microcuentista

I - Antes de escribir nada, lee todo.

No se puede escribir nada de calidad sin haber leído a los grandes. Busca las obras de los maestros en la materia –Borges, Cortázar, Monterroso, **Aub**, Denevi, **Gómez de la Serna**,... - , apréndetelas de memoria y olvídalas.

Sólo entonces –y cuando hayas dejado de imitarles- escribirás algo de calidad.

II - No escribas nada que no aporte nada nuevo.

Esta rotunda afirmación se podría transpolar al resto de las artes, pero en esta en concreto es una verdad absoluta. Busca una idea innovadora y explótala hasta el final.

III - Elige con sumo cuidado cada una de las palabras.

En esta disciplina el matiz de cada vocablo es fundamental. No es lo mismo '*atrapar*' que '*apresar*' o '*coger*'. La primera es coger a quien huye o engañar a alguien para que caiga en una trampa, la segunda tiene connotación animal -hacer presa con colmillos o garra- o naval -apoderarse de una nave- y la tercera es la forma general y anodina que engloba a las dos primeras.

Evita adjetivar. Antepón siempre un sustantivo débil a un adjetivo fuerte. Si existe un adjetivo para describirlo seguro que un sustantivo se acerca más a la idea que buscas transmitir.

IV - Concentra tu máximo esfuerzo en la primera frase.

Es la que atrapa al lector. No es lo mismo empezar con '*Me enamoré de un pez*' que con '*Era una calurosa tarde de abril*'.

V - Haz que el título forme parte de la historia.

En tan poco recorrido no puedes desperdiciar ningún recurso. Las palabras del título deben aportar información, aclarar la historia o situar de forma inequívoca la acción. Además, igual que la primera frase, ha de ser original y que te empuje a leerlo. Si el punto anterior lo cumples, entonces ya sólo tienes que acompañar al lector cogido de la mano hasta el punto final.

VI - Una imagen vale más que mil palabras.

Este tópico adquiere vital importancia en el microrrelato. Si consigues expresar con una mirada desgarrada de la chica hacía el chico –o al revés-, se explique que vivieron una apasionada historia de amor en otra época, has conseguido ahorrarte la explicación que te llevaría sin duda más espacio.

VII - La elipsis es la reina.

En la literatura en general y en esta disciplina en particular la figura de la elipsis es fundamental. Nunca menosprecies al lector. Juega con sus conocimientos, aprovéchalos y evita exponer información que ya sepa. Todo el mundo sabe que el fruto prohibido fue una manzana, ¿para qué nombrarla entonces?

VIII - Parte de situaciones y personajes conocidos.

Utiliza personajes de la cultura universal. Si nombras a Eva o a Adán transportaras al lector al principio de los tiempos. Si nombras a Hitler lo asociará inmediatamente con la II guerra mundial.

Por otra parte, si nombras a caperucita, todo el mundo estará esperando que salga el lobo.

IX - Usa sin complejos toda la literatura anterior.

La literatura se nutre de literatura. Si nombras a un escarabajo llevarás al lector a pensar de forma inevitable en Kafka, si hablas de sueños y erotismo aparecerá Freud en cualquier momento, si hablas de terror cósmico Lovecraft estará al caer y si apoyas una pipa en el microrrelato, Sherlock Holmes estará llamando a tu puerta.

X - Golpea sin piedad en el punto final.

La explosión de la idea viene con la última palabra. Ahí es cuando todo el microrrelato toma forma, cuando todo se explica y adquiere sentido. El punto álgido no puede estar al principio pues perderías la atención del escritor, ni tampoco en medio porque defraudarías sus expectativas. Es justo en el punto final cuando el lector espera – sin saberlo y ahí es donde reside nuestra mayor ventaja- ser noqueado.

Ejemplos de microrrelatos.

El dinosaurio (Augusto Monterroso)

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Veritas odium parit (Marco Denevi)

Traedme el caballo más veloz -pidió el hombre honrado- acabo de decirle la verdad al rey.

Crímenes Ejemplares (Max Aub)

-¡Antes muerta! -me dijo. ¡Y yo lo único que quería era darle gusto!

Puntualidad (Ángel Olgoso)

Todos los veranos regreso al lugar que un día ocupó mi pueblo, sumergido desde hace treinta años bajo las aguas del pantano. Me siento en la orilla, o en un roquedo, y cada mañana, a las diez en punto, escucho un sonido que sube desde las profundidades, un tintineo sordo, conmovedor, helado como una pena. No, no es tañido de las campanas de la iglesia, me digo siempre, se parece más al timbre de la bicicleta del cartero.

Instrucciones para llorar (Julio Cortázar)

Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente. Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca. Llegado el llanto, se tapará con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.

El hombre de Satsuma (Jorge Luis Borges)

Entre los peregrinos que acuden, hay un muchacho polvoriento y cansado que debe haber venido de lejos. Se prosterna ante el monumento de Oishi Kuranosuké, el consejero, y dice en voz alta: Yo te vi tirado en la puerta de un lupanar de Kioto y no pensé que estabas meditando la venganza de tu señor, y te creí un soldado sin fe y te escupí en la cara. He venido a ofrecerte satisfacción. Dijo esto y cometió harakiri.

El prior se conholió de su valentía y le dio sepultura en el lugar donde los capitanes reposan.

Este es el final de la historia de los cuarenta y siete hombres leales —salvo que no tiene final, porque los otros hombres, que no somos leales tal vez, pero que nunca perdemos del todo la esperanza de serlo, seguiremos honrándolos con palabras.